SANTA TERESA DE JESÚS

UNA ACLARACIÓN NECESARIA

Sancta Teresla nunquam commissit peccatum mortale. Quare non convenit, ut quae ipsa prae humilitate sibi attribuebat, vulgo fiant occasio suspicandi eam gravium delictorum arguendam unquam fuisse.

Santa Teresa de Jesús no cometió jamás pecado mortal. No conviene, pues, que las santas exageraciones de sus culpas que su humildad le dictaba, sean ocasión a los fieles de sospechar que cometió algún pecado grave.

(Urbano VIII)

Indicamos en el artículo anterior cuál era la doctrina de Teresa de Jesús sobre la humildad, para probar mejor después con sus mismas palabras que fue perfectamente humilde. Mas como no han de oír algunos de nuestros lectores no acostumbrados al lenguaje de los Santos, llamarse ella a sí misma boba, necia, pecadora, en fin, mujer y ruin, y exhalar lastimeras quejas porque le atan las manos para decir sus culpas y grandes pecados al escribir su vida; como sabrán muchos que ella vio en el infierno el lugar que le estaba reservado por sus culpas; como no faltado alguno de sus historiadores¹ que, no comprendiendo el lenguaje de la humildad, la ha creído rea de enormes delitos, tomando al pie de la letra sus inspiradas palabras, hemos creído necesario, antes de que el lector oiga a la humilde Teresa, demostrar su inocencia, su perpetua limpieza de alma, la cual jamás se vio manchada de culpa grave. De pocos Santos está más bien probada su perpetua inocencia, pues en premio de la profundísima humildad de su sierva, el Señor ha querido que fuese exaltado su buen nombre y confirmado con los más singulares testimonios. Sus confesores, varones santos y sabios, afirman con juramento su inocencia; la Sagrada Congregación de Ritos confirma esta verdad; los Papas, la Iglesia, en fin, con sus solemnes declaraciones la evidencian. Y si acaso estos testimonios no bastasen aún, ella misma, la humildísima y veraz Teresa, nos sacará de dudas. De suerte que daría pruebas de temerario o ignorante quien dijese de Teresa de Jesús que fue pecadora de culpas graves. Teresa de Jesús conservó siempre la gracia bautismal que recibió en el día que fue hecha hija de la Iglesia; su alma santa y bella jamás fue del dominio de Lucifer; voló al cielo con la primera gracia santificante que adornó su alma.

El papa Urbano VIII es el que dio una prueba evidente de la inocencia de Teresa, como refiere López². En el primer oficio compuesto en honor de la Santa por el P. Luis de san José, de la noble familia de los Magalotti, al final de la sexta lección por conformarse con las exclamaciones de la Santa, que rogaba a Dios pusiese tasa a sus mercedes y no se olvidase tan presto de sus delitos, se leía: El Señor la colmó tan largamente de sus dones celestiales, que la obligaba a exclamar conjurándole que no se olvidase tan pronto de sus delitos³, *scelerum suorum*; y el sabio Pontífice, a din de que a los ojos de las almas sencilla no apareciese Teresa de Jesús como pecadora, borró dichas palabras, y de su propio puño las sustituyó con las siguientes: *culparum suarum*, de sus culpas o faltas, como hoy leemos en las lecciones del Breviario romano. Bajo estas palabras puede comprenderse cualquier defecto o culpa por leve que sea, de las que sólo ha sido totalmente libre, por especial privilegio, María, Madre de Dios. En esta ocasión fue cuando pronunció dicho Sumo Pontífice las memorables palabras con que encabezamos este artículo, dignas de ser retenidas siempre en la memoria de todos los amantes teresianos, porque son el mejor panegírico de nuestra Heroína: *Santa Teresa no cometió jamás pecado mortal. ¿Quiérese testimonio más autorizado y expresivo para demostrar la inocencia de Teresa de Jesús?*

Oigamos todavía el gravísimo testimonio de los auditores de la Rota, jueces rígidos, íntegros y esclarecidísimos, escogidos por la Santa Sede para examinar todos los actos y virtudes de la Santa en el proceso de su canonización.

¹ Villefore, Vida de la Santa.

² López.

³ Con regalos grandes castigábadas, Rey mío, mis delitos..., mis graves culpas (*Vida*, c. 7).

Para demostrar en el artículo séptimo la justicia perfectísima de nuestra gran Teresa dicen así⁴: “Se prueba esta justicia en segundo lugar por el temor filial con el que siempre Teresa de Jesús aborreció toda transgresión de la ley y mandamientos de Dios. Esto es verdad en tal grado que a pesar de exagerar sus culpas en la relación de su vida, lo que arguye profunda humildad, jamás cometió pecado mortal, sino que conservó la gracia bautismal fidelísimamente toda la vida”

La sagrada Congregación de Ritos confirma esta verdad, y la proclama de un modo solemne al aprobar la oración que se recita en la fiesta de la Transverberación de su corazón por estas palabras: “¡Oh Dios, que habéis traspasado con un dardo inflamado el corazón virginal y sin mancha de vuestra esposa Teresa, consagrándola víctima de caridad! “

Por fin Gregorio XV, en la Bula de canonización de la santa, habla así a toda la Iglesia al proponerla a los fieles como modelo perfecto de todas las virtudes en grado heroico: “Entre todas las virtudes que resplandecen en Teresa, su pureza inmaculada brilla con más claro esplendor. Ella cultivó esta virtud con tan exquisito cuidado que, no solo conservó por toda la vida el voto de virginidad que hizo en su juventud, sino que *conservó en su alma y cuerpo una pureza angelical libre de toda mancha de pecado*”

Para el católico y para todo hombre racional, pues, bastar debe testimonio del tribunal más elevado y santo que hay en este mundo sobre este punto, para creer firmemente, sin ninguna clase de duda, que Teresa de Jesús fue siempre Santa, que jamás se separó de Dios con pecado grave. *Roma locuta est*. Habló Roma: calle ya y enmudezca toda lengua. La más mínima duda en esta parte sería un ultraje imperdonable hecho a la Santa, a Jesucristo, y a la Iglesia. Esta es por otra parte la gloria que más estima la Santa, porque hoy día que está en gloria y su alma purísima hállase anegada en el abismo de toda santidad y pureza, de todos los títulos gloriosos que podamos darle ninguno oye con mayor gusto que el de haber sido virgen que nunca cometió pecado grave.. Esta corona de lirios inmaculados que desde el bautismo hasta la muerte, y aun más allá, en la eternidad, ciñó siempre la frente pura de la gran Teresa, es su mejor atavío, y la más preciada de sus galas. Por ella fue una de las más amadas mansiones del Espíritu Santo, una de las más seráficas esposas de Jesucristo, una de las vírgenes que más de cerca siguen en el cielo a la Virgen sin mancilla, María Madre de Dios.

Y si acaso para algún ingenio inquieto y descontentadizo no bastasen estos testimonios, añadiremos todavía el mismo de Teresa de Jesús. Quien conozca la sencillez e ingenuidad de nuestra gran Santa, la sinceridad con que cuenta su vida, cosas todas que revelan una alma candorosa y veraz, incapaz de mentir; quien haya leído sus escritos bañados de celestial inspiración, no podrá menos de confesar que, si peca la Santa, es más bien exagerando, abultando sus defectos que rebajándolos. Pues bien, la ilustre Doctora, que por nada ni nadie del mundo hubiese dicho una mentira deliberadamente, afirma su inocencia o exención de culpa grave en el tiempo más peligroso o perdido de su vida por estas palabras: “En este tiempo fui yo a curar a *mi padre*, estando más enferma en el alma, que él en el cuerpo, en muchas vanidades, *aunque no de manera, que a cuanto entendía estuviese en pecado mortal, en todo ese tiempo más perdido que digo*; porque entendiéndolo yo de ninguna manera lo estuviera⁵

Ahora bien, si la bendita Santa asegura que en todo este tiempo más perdido de su trabajosísima vida, que fue cuando moza *quería concertar estos dos contrarios, tan enemigo uno de otro, como es vida espiritual y contentos y gustos y pasatiempos sensuales, , cuando no podía encerrarse dentro de sí en la oración, sin encerrar consigo mil vanidades*, asegura, digo, que no entendió jamás estuviese en pecado mortal, y esto lo dice a su confesor en virtud de santa obediencia; ¿quién tan liviano o malicioso habrá que se atreva a arrojar la piedra de la calumnia sobre esta hermosísima alma, en los tiempos mejores de su vida, cuando exclamaba con toda verdad, herido su corazón con el dardo de amor divino: *Vivo sin vivir en mí*, y Jesús le repetía a menudo: *Ahora, Teresa, ya eres mía y yo soy tuyo; mi honra es tu honra, y la tuya mía; tú eres Teresa de Jesús, yo soy Jesús de Teresa?* ¡Ah!, no; en el alma de Teresa jamás triunfó el demonio después de ser hija de Dios por el bautismo; este templo del Espíritu Santo no fue jamás por la planta inmundada de Lucifer; esta flor de pureza incomparable no sintió jamás marchitarse ni deshojarse por el ardor de las pasiones o el fuego de la concupiscencia; sino que de día en día, creciendo de virtud en virtud, llegó a abismarse en los resplandores de la luz y pureza increada, siendo digna de conversar con los Ángeles, según le dijo Jesucristo, su Esposo.

⁴ In relationibus vitae, et virtutum, et miraculorum.

⁵ Vida, c. 7.

Mas, ¿cómo, se replicará, cómo se compadece el no haber cometido jamás culpa grave la Santa, y el afirmar ella misma: “Verdad es que yo soy más flaca y ruin que todos los nacidos. – Era malísima... y según mis culpas aún me parece merecía más castigo *que el del infierno*”, y otros encarecimientos que usa por el estilo a cada página de sus obras?⁶

Cosa fácil es explicar este lenguaje de la Santa, y que fuese verdad no haber cometido jamás pecado mortal, y se creyese en verdad ser gran pecadora, más flaca y ruin que todos los nacidos. Pues poniendo los ojos en los defectos que ella en sí conocía, y considerando en su prójimo los dones ocultos que tiene o puede tener de Dios, con toda verdad podía decir de sí misma que era más vil y pecadora que todos. O también porque su alma, de condición agradecidísima, entendía claramente cuán mal había correspondido a los dones y distinciones del cielo, y que si Dios hubiera hecho con el mayor de todos los pecadores las misericordias que con ella, fuera mucho mejor y más agradecido. Entendía, alumbrada de lo alto con la clara luz del cielo, que si Dios hubiese levantado su mano, y no la tuviese, se hubiera despeñado en mayores males que todos los hombres, y fuera peor que todos. Por esto dice con verdad: “Yo soy más ruin que todos los nacidos, y más pecadora e ingrata”. Además de que la humildad, dicen los Santos, se asemeja al sol a cuya presencia se ocultan las estrellas; con las luces de la humildad escóndense todas las otras virtudes, y son como si no fuesen a los ojos del que las posee; sólo le comunica luz para descubrir sus faltas e imperfecciones, creyendo que son la mínima parte las que él conoce. Y como un abismo llama a otro abismo⁷, así en el humilde la luz que le descubre la bondad y grandeza de Dios, refleja sus vivísimos rayos sobre el abismo de su miseria y nada, y la fuerza a ver los átomos y polvos infinitos de las imperfecciones. En la pieza donde hay oscuridad, en el vaso de cristal donde no da el sol, no se ve ningún átomo de imperfección; pero dejad que entre el rayo del sol, y amanecerá feo y lleno de motas que o deslustran. Nosotros, miopes o ciegos en las cosas del espíritu, con poca o ninguna luz del cielo, no es mucho no descubramos las faltas menudas, cuando quizá las graves no echamos de ver. Vivimos en lo profundo del valle de densas tinieblas que forma el pecado, y no vemos lo que pasa sobre nosotros, dentro de nuestra alma. Mas quien está de lo alto, como los Santos, alcanza muchas cosas.

Teresa de Jesús cuando escribía su Vida era muy diferente de antes, porque consumido el hombre viejo de faltas, tibieza, miseria, y a manera del ave fénix después que se quema, de la misma ceniza sale otra, con levantados deseos y fortaleza grande había emprendido con nueva puridad, como ella dice, el camino del Señor. Abismada en las claridades de la luz divina, con el corazón traspasado por el inflamado soplo de un serafín, era su vida un milagro de amor; con el voto heroico de obrar siempre lo más perfecto estaba elevada sobre las miserias todas y ruindades de este suelo; con sus éxtasis y arrobamientos su conversación era más del cielo que de este mundo; con sus visiones de la Trinidad beatísima estaba endiosada y participaba ya de algún modo de las delicias de la gloria; gozaba habitualmente de la presencia de Jesucristo su Esposo, unida a El con el vínculo de desposorio espiritual. Quitadas las escamas de los ojos, se le mostraba la santísima Trinidad, todas tres Personas con una inflamación a manera de una nube de grandísima claridad; oía de boca del Señor muchas veces con grande amor: “Ahora ya eres mía, y yo soy tuyo”; y Teresa le repetía con verdad: “¿Qué se me da, Señor, a mí de mí, sino de Vos?”. Era en fin su alma, para decirlo con sus palabras⁸, como un espejo claro toda, sin haber espaldas, ni lados, ni alto, ni bajo que no estuviese toda clara, y en el centro de ella el sol de justicia, Cristo nuestro Señor, con una comunicación tan amorosa que no se puede decir. Vivía ya en aquel deliciosísimo estado y sublime que canta el extático compañero de la Santa, san Juan de la Cruz, en estas palabras:

Entrado se há la esposa
En el ameno huerto deseado,
Y a su sabor reposa
El cuello reclinado
Sobre los dulces brazos de su Amado.

En este estado se hallaba Teresa cuando le fue mandado escribir el modo de oración y las mercedes que el Señor le había hecho, y revelar con ello a la Iglesia los misterios de su corazón seráfico: Su vista, pues, espiritual, le presentaba sus pequeñas faltas como montañas.

⁶ Vida, c. 7 y 32.

⁷ Psal. XLIV.

⁸ Vida, c. 40.

Sus juveniles infidelidades aparecen a sus ojos como altas traiciones que la hacían rea de lesa Majestad; el amor inmenso que bullía en su alma la obligaba a exclamar a vista del amor infinito menospreciado, que era gran pecadora, que merecía el infierno; y sus ojos bellísimos, arrasados en lágrimas, lloraban día y noche los años que descuidaron contentar solo a Dios. Estas faltas leves le parecían gravísimas, porque eran ofensas de su bien amado, que es Dios. *¡Qué importa!* - exclamaba santa Teresa de Jesús con mayor motivo, con más claro conocimiento que María Teresa, esposa de Luis XLV, replicó a los que trataban de tranquilizarla en el dolor que sentía de haber ofendido a Dios diciéndole que era falta venial. - *¡Qué importa! Dios fue ofendido con ella; es, pues, mortal para mi corazón.* En ternura y amor sus suspiros y exclamaciones igualan a las del amante Agustín, y los sobrepujan en valor porque salen de un corazón limpiísimo, jamás manchado por el pecado grave. Cantora Teresa de Jesús de las misericordias eternas del Señor, no deja pasar ocasión sin atestiguarlas en sus escritos, abultando sus defectos para que brillen con mayor resplandor, pues parece en una cosa blanca muy más blanca cabe la negra, y al contrario la negra cabe la blanca⁹. En fin, y concluimos con san Gregorio¹⁰. Admire enhorabuena esta alma el que guste por sus virtudes; a mis ojos se muestra todavía más grande y sublime en sus pecados.

E. de O.

LA MUJER FUERTE

No son nada las fuerzas de los demonios si no ven las almas rendidas a ellos y cobardes, que aquí muestran su poder.

Contento Su Majestad, no hay quien sea contra nosotros que no lleve las manos en la cabeza.

(Santa Teresa de Jesús, Vida, c. 31 y 26).

Un secreto vamos a descubrir a la mujer para ser fuerte en combatir y vencer a sus enemigos, y es que no los tema, que no se acobarde, que en la batalla entre con gran aliento y cobre ánimo. ¿Por qué? Porque en su mano está obtener la victoria. ¡Ay!, ¡qué animoso entraría en la pelea el soldado si tuviese por seguro que de su voluntad depende el vencer a su adversario! ¡Qué esperanzado corriera al combate si en su mano fuese lograr siempre victoria! Mas lo que no está en manos del soldado que milita bajo las banderas de un general o rey temporal, lo está, sí, en las del soldado de Cristo Jesús, del cristiano que quiere vencer y sojuzgar a los enemigos de su salvación. ¡Oh!, ¡que es hermoso motivo, es animosa verdad el creer y ser cierto que en el batallar de la vida contra mis enemigos invisibles, no seré vencido si no quiero! ¿Quién merecerá, pues, compasión si es hecho prisionero, o es muerto por sus adversarios, sabiendo que de su voluntad depende salir siempre en toda clase de encuentros victorioso? Pues, es una verdad católica, indubitable, nadie peca sino porque quiere; donde no hay voluntad no hay pecado.

Vamos, pues, a confortar en el Señor a la mujer devota, y en la potencia de su virtud¹¹; a armarla de Dios para que pueda resistir y tener fuerte contra las asechanzas del más débil y más temido de nuestros enemigos, el demonio.

“Es el más débil de los enemigos de nuestra salvación el maligno espíritu, para todos los que le hacen rostro y le resisten animosos, y le muestran pecho; y a la vez el más temible para los pusilánimes y cobardes. Semejante a esas mujercillas que riñen con algún hombre, que si éste se amilana, cobran ánimo y osadía, y se atreven a todo; más si los resisten con fortaleza y dignidad, luego desmayan y vuelven las espaldas y huyen; así el demonio, si hala un alma cobarde, no la dejará a sol ni sombra; inconvenientes le pondrá, porque no saben estos enemigos de hecho acometer, sino a quien ven que se les rinde¹², que aquí muestran su poder. Parécenme tan cobardes, que en viendo que les tienen en poco no les quedan fuerzas, así que no se da más de ellos que de las moscas. Se ve claro, Jesús mío, el poco poder de

⁹ Mor. I, c. 2..

¹⁰ Moral, lib. XXII, c. XV.

¹¹ San Pablo a los Efesios, VI, 10.

¹² Vida, c. 25.

todos los demonios, en comparación del vuestro, y como quien os tuviere contento puede repisar el infierno todo”.

Puede el demonio provocar y solicitar al mal, ladrar como perro atado y amarrado fuertemente con cadena, mas no puede dañar ni morder sino a los que se le acercan, al que se quiere llegar a él. ¿No habéis visto, dice un devoto autor, cómo hacen burla de un perro, o de un oso atado, y se van a jugar y pasar tiempo con él los muchachos? Pues, así podéis hacer burla del demonio cuando os trae las tentaciones, y llamarle de perro y decirle: Anda, miserable, que estás atado, no puedes morder, ni puedes hacer más que ladrar. Bien decía nuestra esforzada Santa: “Ho entiendo estos miedos, demonio, demonio, donde podemos decir Dios, Dios, y hacerle temblar. Sí, que ya sabemos que no se puede menear si el Señor no lo permite”.

Mas, ¿de qué proviene, dirá alguno, que siento tan cobarde el demonio es llamado príncipe de este mundo, es tan temido, y a tantas almas hace car todos los momentos en pecado? – Ya nos lo dice la mujer fuerte: “Si los demonios nos traen espantados, es porque nos queremos nosotros espantar con nuestros asimientos de honra y haciendas y deleites. Es muy ladino el malvado, y cuando ve oscurecido el entendimiento, ayuda lindamente a que se quiebren los ojos. Las cosas de este mundo son tan vanas, que parecen cosa de juego de niño; y así cuando ve que uno es niño, le trata como tal, y atrevese a luchar con él una y muchas veces. Entonces, juntos ellos con nosotros mismos, que no somos contrarios, amando y queriendo lo que hemos de aborrecer, mucho daño nos harán, porque con nuestras mismas armas les hacemos que peleen contra nosotros, poniendo en sus manos con las que nos hemos de defender. Ésta es la gran lástima”. La vanidad y el buen parecer a los hombres, aunque sea traspasando los límites de la modestia cristiana, dominan nuestro corazón; el orgullo, el amor desordenado de sobreponernos a los demás, eclipsando a todos, se ha apoderado de nuestra alma; la comodidad y el regalo, el afán inquieto de acumular tesoros y riquezas ocupan constantemente la atención de todo nuestro espíritu. Y todo esto, ¿no es armar a Lucifer para que nos venza, entregándole o renunciando a las armas de todo cristiano, que son la humildad, la modestia, el espíritu de sacrificio y oración? ¿Cómo la mujer vana ha de ser fuerte en luchar con el demonio, si ella se despoja antes de las armas de la humildad que la hacían invencible? ¿Cómo la mujer liviana y desenvuelta resistirá animosa a la tentación, si ella misma la provoca, la fomenta y se entrega atada al enemigo? Por eso, todos los días llora la Iglesia la muerte espiritual de muchos de sus hijos, porque incautos o temerarios se forjan las cadenas para que los aprisionen los enemigos de la salvación.

Mas, si todo lo aborrecemos por Dios, - habla la mujer fuerte -, y nos abrazamos con la cruz, y tratamos de servirle de verdad, huye el demonio de estas verdades, como de pestilencia. Es amigo de mentiras, y la misma mentira. No hará pacto con quien anda en verdad. Entendamos por descanso lo que es descanso, y por honra lo que es honra, y por deleite lo que es deleite, y no todo al revés, y una higa para todos los demonios. Tengo yo más miedo a los que tan grande le tienen al demonio, que a él mismo, porque él no me puede hacer nada, y estotros inquietan mucho. Pluguiese a Su Majestad temiésemos a quien hemos de temer, y entendiésemos nos puede venir mayor daño de un pecado venial, que de todo el infierno junto, pues ello es así...Querría yo todos los temores para no ofender en un punto a quien en el mismo punto nos puede deshacer... Andar, pues, un alma acobardada y temerosa de nada, sino de ofender a Dios, es grandísimo inconveniente, pues tenemos Rey todopoderoso, y tan gran Señor, que todo lo puede y a todos sujeta. No hay que temer andando en verdad delante de Su Majestad, y con limpia conciencia. Contento Su Majestad, no hay quien sea contra nosotros, como he dicho, que no lleve las manos en la cabeza.

Santa Teresa de Jesús.

TERESA DE JESÚS Y JESÚS DE TERESA

Yo soy Teresa de Jesús. – Yo soy Jesús de Teresa.

En este mes de junio, que la Iglesia consagra a obsequiar de un modo especial al Corazón de Jesús, bueno será y muy oportuno averiguar por qué Teresa es de Jesús, y Jesús es de Teresa. Hay tal comunidad de bienes entre dos amantes, tan unidos e identificados se hallan estos corazones, que

parece son dos almas en un solo cuerpo, dos espíritus que tienen una sola voluntad. Tan perfecta es la unión y el amor.

Estaba un día Teresa de Jesús paseándose sola por el jardín o huerto del convento, cuando, sin saber cómo ni de donde, se le presenta un niño hermosísimo y agraciado discurrendo por él. Dominada la Santa de dulcísima sorpresa, se acerca a preguntarle por que se hallaba allí, cuál era su nombre. Y el niño entre curioso y recatado le pregunta a la vez: “¿Y tú cómo te llamas?”. “Yo, responde la Santa, maravillada no poco de aquella infantil franqueza, yo me llamo Teresa de Jesús”. “Pues yo me llamo Jesús de Teresa”. Dijo y desapareció, dejando inundada a la Jesusa Teresa en un amor de suaves delicias y deliquios amorosos.

¿Quién era este Niño agraciado? No hay que averiguarlo: él mismo nos sacó de dudas cuando se apellidó Jesús de Teresa. Sabíamos que Jesús era de Dios Padre, y de su beatísima Madre María; pero no sabíamos fuese conocido con el sobrenombre de Jesús de Teresa. Que Teresa fuese de Jesús nos lo dijo también la Santa cuando fundó el primer monasterio de la Descalcez de San José de Ávila dejó el ilustre y noble apellido de los Cepedas y de Ahumadas, para ser meramente de Jesús. Pero que Jesús fuese de Teresa ¿quién se atreviera a afirmarlo si él mismo no lo dijese?: ¡Oh Jesús bueno! ¡No sabes quizás, como niño inexperto, lo que haces cuando te glorías de ser conocido por de Teresa! ¿No prevés que muchas almas tendrán celos, y habrán envidia, pues siendo Jesús de todos te glorías tan sólo de serlo de Teresa? ¿Recapacitaste cuánto dice esta palabra? – Sí, responde Jesús; yo soy Jesús de Teresa, y Teresa es de Jesús con toda verdad, pues aunque muchas hijas hayan amontonado riquezas, Teresa ha sobrepujado a todas; aunque infinitas sean mis esposas, una sola, después de mi Madre, es de un modo especialísimo mi paloma, mi querida, mi inmaculada, mi única; aunque algunas hayan merecido mis caricias y regalos, mis distinciones y amor, una es la privilegiada, es mía sobre todas: ella es Teresa de Jesús, y soy Jesús de Teresa.

¡Qué lenguaje, lector amigo! Sólo puede comprenderlo quien haya gustado los castos abrazos y dulces besos que al alma fiel imprime el Esposo amador purísimo de las almas, Cristo Nuestro Señor. No te maravilles de estos requiebros y suavísimos coloquios y regalados obsequios que Jesús dispensa a las almas que lo aman, pues si Dios es todo amor por nosotros, y asegura tener sus delicias en habitar con los hijos de los hombres; si sólo su amor le obligó a darse por compañero nuestro en su nacimiento, por comida en la Eucaristía, por precio en la muerte, y por premio en el Reino de la gloria, es lo menos que puede hacer conversar con nuestras almas en este destierro, y atestiguarlos de nuevo con con subidas y sentidas palabras que es nuestro, que nos ama con pasión, ¡Ojalá pueda decir el buen Jesús, sin avergonzarse, que es nuestro, y que nosotros somos de Él, no habiendo en nuestro entendimiento un solo pensamiento que no sea de Jesús, y en nuestra memoria recuerdo que no sea de Jesús, ni en nuestra voluntad afecto que no sea de Jesús, ni una fibra en nuestro corazón que no pertenezca a Jesús! Todo sea por Jesús, así como Jesús es todo nuestro. Todo por Jesús de Teresa, y Teresa de Jesús.

SECCIÓN HISTÓRICA

LS VENERABLE ANA DE JESÚS

Si mucho se habla de santa Teresa, mucho se hablará también de la Madre Ana de Jesús, la cual es mujer de grande y rara virtud.

(P. Andrés de Soto).

Después de nuestra Santa Madre Teresa de Jesús, ninguna mujer puede compararse con Ana de Jesús, por el espíritu, por la oración y por la administración de negocios.

(P. Tomás de Jesús).

De todas las innumerables hijas que Teresa de Jesús introdujo en el vergel del Carmelo, ninguna más perfecta y extraordinaria que la venerable Ana de Jesús. Como otro Eliseo, heredó de la ilustra santa Madre su doble espíritu, que la hizo proseguir la obra comenzada de la propagación de la Reforma. Como es desconocida de la mayor parte de los amantes de Teresa, y redundante por otra parte en gran gloria de los padres el conocimiento de los hechos de sus gloriosos hijos, hemos juzgado muy oportuno dar unos apuntes biográficos de esta compañera ilustre de nuestra Santa. Con ello complaceremos a la santa Madre, que tanto amó y distinguió en vida a la venerable Ana, y a sus hijos los Carmelitas, en especial los belgas, que promueven hoy día con noble empeño el proceso de su beatificación.

Ana de Lobera -así se llamaba en el siglo la Venerable- nació en Medina del Campo, el 25 de noviembre de 1545. Sorda y muda hasta la edad de siete años, fue curada milagrosamente por la santísima Virgen. A los diez hizo voto de virginidad, y más tarde el de no darse jamás gusto en cosa alguna, prometiendo a Dios entrar en la orden que le pareciese ser más perfecta. Su confesor P. Pedro Rodríguez después de dirigirla siete años no temía asegurar que superaba a muchas grandes Santas cuyas vidas había leído, y que en los tiempos venideros la Iglesia le tributaría los honores de un culto público.

Alma tan perfecta y privilegiada fue recibida por santa Teresa en el número de sus hijas, no como simple novicia, sino como su coadjutora en la obra de la Reforma. En 1575 trabaja con santa Teresa en la fundación de Veas, y es nombrada priora del nuevo monasterio. Aconséjale más tarde, en la lucha de los Carmelitas descalzos y calzados, escribir al rey Felipe II, y proporciona el viaje de dos PP. Carmelitas a Roma para obtener el breve de separación. En 1582 va a fundar el monasterio de Granada, según lo había predicho siete años antes la Santa Madre, y cuatro años después funda el convento de Madrid. Es elegida priora de Salamanca, en 1596, después de haber sufrido grandes trabajos y contradicciones con motivo de las Constituciones de la Orden, lo que el Señor le había anunciado por estas palabras: Hija mía, os construyo destruyéndoos

Era España para el corazón magnánimo de la venerable Ana campo demasiado estrecho para extender la mayor gloria de su Esposo Jesucristo. Y el día 20 de agosto de 1604, antes de amanecer, parte de Salamanca. Con Isabel de los Ángeles y Beatriz de la Concepción, dirigiéndose a Ávila para llevarse a la compañera más querida de santa Teresa, Ana de san Bartolomé, aguardar a Leonor de san Bernardo, y tomando en Burgos a Isabel de san Pablo, proseguir viaje hacia Francia para restablecer allí la Reforma del Carmelo.

Después de haber fundado en este reino algunos conventos de la Orden, pasó la venerable Ana de Jesús, en 1607, a los Países Bajos, y expiró en Bruselas en 1621, para ir al cielo a recibir la recompensa de sus méritos y heroicas virtudes.

En el libro de profesiones de monjas del convento de san José de Salamanca, al pie de la profesión de la venerable Ana de Jesús, escrita toda de su mano, se leen estas memorables palabras: “Esta religiosa, después de haber fundado en Francia y en Flandes, murió en Bruselas en el año 1621, en 4 de marzo. Ha obrado muchos milagros y la tienen por Santa”.

“¿Ha obrado muchos milagros la venerable Ana? “. – Sí, es verdad, contesta Mr. Bretigny, a quien la venerable Ana había predicho que iría ella a fundar en Francia, - a mis ojos es milagro, y no pequeño, que la venerable Ana de Jesús en el espacio de veinticinco años haya dado principio a sesenta o setenta conventos en Francia, en Flandes y en Borgoña. Sí, repiten los doctores en medicina de la Universidad de Lovaina en 1635, la conservación del cuerpo de la venerable Ana en el estado actual es un gran milagro. Sí, atestigua el cardenal Infante en la carta al Papa en 1636, pidiendo a Su Santidad se digne expedir las cartas remisorias para su beatificación; Ana de Jesús se ha distinguido por sus virtudes y ha obrado muchos y grandes milagros en vida y después de su muerte, contándose sólo en la diócesis de Malinas *diecisiete* milagros. Y España y Francia atestiguan lo mismo.

“La tienen por santa a la venerable Ana de Jesús”, dicen las religiosas de Salamanca; y es verdad también indubitable. Ya en vida la llamaba el venerable Hermano Francisco del Niño Jesús con sin igual candor: *Un pedazo de santa Teresa*. Mr. de Berulle: *La gran Madre y Patriarca de la Orden*. El Nuncio de España: *La mujer única de su tiempo*. El maestro Curiel: *Una de las maravillas del mundo*. An Juan de la Cruz: *Serafín encarnado*. La emperatriz María, viuda de Maximiliano, emperador de Austria: *Más ardorosa que un Serafín*. Paulo V: *Bienaventurada mujer*. El P. Francisco de Santa María: *Superior a su sexo por la magnanimidad de su carácter, y por los ricos dones que el Señor había depositado en su alma*. Y san Juan de la Cruz y el maestro Pedro Báñez hasta llegaron a compararla con santa Teresa diciendo que era su verdadera hija y perfecta imitadora, y afirmar que tal vez la aventajaba en las cualidades o prendas naturales. ¿Qué más? Hasta el mismo demonio se vio obligado a declarar, según refiere el P. Cotón, confesor de Enrique IV, que nadie en Francia le hacía una guerra más cruel que la M. Ana de Jesús. – Después de su muerte vieron a la venerable Ana de Jesús gloriosa en el cielo el P. Hilario de san Agustín, el licenciado Barcena, la venerable Ana de san Bartolomé y varias otras personas.

Así es que luego se empezó a instituir los procesos para su beatificación, recibiendo los Ordinarios informaciones canónicas acerca de la vida y milagros de la venerable Sierva de Dios.

Luis XIII, rey de Francia, Ana de Austria, el cardenal Infante, el embajador del rey de España en Roma, la emperatriz María de Hungría, Carlos II, rey de España, Prelados insignes

y otros personajes ilustres activaron este asunto, hasta que en 1790, por razón de las circunstancias difíciles de aquella época aciaga quedó paralizada la causa, incautándose la república francesa, en 21 de septiembre de 1796, de las rentas de las Carmelitas de Bruselas, que iban allegando recursos para los gastos de la causa de la beatificación. En 1840 se volvieron a practicar diligencias para llevarla adelante, hasta que en 28 de junio del año próximo pasado 1872, el Padre Postulador de las Causas de los santos Carmelitas descalzos escribía al Provincial de Bélgica, manifestándole el estado en que se hallaba la causa, y animándole a procurar cartas llamadas postulatorias, a fin de darle nuevo y decidido impulso.

El ilustrísimo Prelado de Salamanca, accediendo a tan justos deseos, elevó a nuestro santísimo Padre Pío IX, en 5 de febrero del presente año, las letras postulatorias suscritas a este fin también por los señores Capitulares, algunos profesores del Seminario, doctores de la Universidad y títulos de Castilla. El cardenal arzobispo de Valladolid elevó igual ruego a la Santa Sede en 30 de abril, y confiamos con fundamento que todos los reverendos Obispos de España imitarán tan santo ejemplo. En este tiempo de positivismo y materialismo, en estos días de perturbación y desenfreno, ningún remedio hay mejor para curar estos males, que recordar al mundo los dones sobrenaturales con que Dios misericordioso galardona a sus siervos, las virtudes heroicas que practicaron, y el valimiento de sus oraciones. Haga el Señor, como se lo suplicamos, para su mayor gloria, bien de la Iglesia y prosperidad y paz de España, Francia y Bélgica, países santificados con la presencia y trabajos apostólicos de la venerable Ana de Jesús, que podamos invocarla pronto públicamente y experimentar los efectos saludables de la poderosa intercesión de la compañera y fidelísima coadjutora de santa Teresa de Jesús en la obra de la Reforma del Carmen, de la fundadora del mismo Carmelo en España, Francia y Bélgica, de la amante singular del santísimo Sacramento.

Si nuestras humildes súplicas tienen algún valor para inclinar el ánimo de la Santa Sede a prestar este honor a nuestra compatriota, ilustre por la fama de santidad y milagros, las unimos con gran consuelo a la autorizadas de los reverendísimos Obispos españoles, deseando ardientemente ver cuanto antes el día en que se nos permita invocarla públicamente diciéndole con la Iglesia: Beata Ana de Jesús, ruega por nosotros.

Enrique de Ossó. Presbítero.

LA VIRTUD EN ACCIÓN

No hay en esta vida cosa ni más dulce, ni más apacible, ni más amables que la virtud.
(San Juan Crisóstomo)

VIDA DE BEATRIZ DE LA MADRE DE DIOS, PRIMERA NOVICIA DEL CONVENTO DE SAN JOSÉ DE SEVILLA, ESCRITA POR SANTA TERESA DE JESÚS.

De la primera que aquí, en el Convento de Carmelitas Descalzas de Sevilla, entró¹³, quiero tratar, por ser cosa que os dará gusto. Es una doncella hija de padres muy cristianos, montañés el padre. Esta, siendo de muy pequeña edad (como de siete años), pidiola a su madre una tía suya para tenerla consigo, que no tenía hijos: llevada a su casa, como la debía regalar y mostrar el amor que era razón, una sus mujeres debían tener esperanza que les había de dar su hacienda, antes que la niña fuese a su casa, y estaba claro que tomándola amor, lo había de querer más para ella. Acordaron quitar aquella ocasión con un hecho del demonio, que fue levantar a la niña que quería matar a su tía, y que para esto había dado a la una no sé qué maravedís que la trajese de solimán. Dicho a la tía, como todas tres decían una cosa, luego las creyó, y la madre de la niña también, que es una mujer harto virtuosa.

Tomó la niña y llevola a su casa, pareciéndole se criaba en ella una muy mala mujer. Dícame la Beatriz de la Madre de Dios (que así se llama) que pasó más de un año que, que

¹³ Libro de *Las Fundaciones*, c. 26.

cada día la azotaba y atormentaba, y hacíala dormir en el suelo, porque le había de decir tan gran mal. Como la muchacha decía que no lo había hecho, ni sabía qué cosa era solimán, parecíale muy peor, viendo que tenía ánimo para encubrirlo. Afligiase la pobre madre de verla tan recia en encubrirlo, pareciéndole nunca se había de enmendar. Harto fue no levantárselo la muchacha para librarse de tanto tormento, mas Dios la tuvo, como era inocente, para decir siempre verdad; y como su Majestad torna por los que están sin culpa, dio tan gran mal a las dos de aquellas mujeres, que parecía tenían rabia, y secretamente enviaron por la niña a la tía, le pidieron perdón, y viéndose a punto de muerte se desdijeron; y la otra hizo otro tanto, que murió de parto. En fin, todas tres murieron con tormento, en pago del que habían hecho pasar a aquella inocente. Esto no lo sé de sola ella, que su madre, fatigada después que la vio monja de los malos tratamientos que le había hecho, me lo contó con otras cosas, que fueron hartos sus martirios; y no teniendo su madre más, y siendo harto buena cristiana, permitía Dios que ella fuese el verdugo de su hija, queriéndola muy mucho,. Es mujer de mucha verdad y cristiandad.

Habiendo la niña como poco más de doce años, leyendo en un libro que trata de la vida de santa Ana, tomó gran devoción con los santos del monte Carmelo, que dice allí, que su madre de santa Ana iba a tratar con ellos muchas veces (creo se llama Merenciana), y de aquí fue tanta la devoción que tomó con esta Orden de Nuestra Señora, que luego prometió ser monja de ella, y castidad. Tenía muchos ratos de soledad cuando ella podía, y oración. En esto la hacía Dios grandes mercedes y Nuestra Señora, y muy particulares. Ella quisiera luego ser monja, no osaba por sus padres, ni tampoco sabía a dónde hallar esta Orden, que fue cosa para notar, que con haber en Sevilla monasterio de ella de la regla mitigada, jamás vino a su noticia, hasta que supo de estos monasterios, que fue después de muchos años. Como ella llegó a la edad para poderla casar, concertaron sus padres con quien casarla, siendo harto muchacha; mas como no tenían más de aquella, que aunque tuvo otros hermanos muriéronse todos, y ésta, que era la menos querida, les quedó; que cuando le acaeció lo que he dicho, un hermano tenía, que éste tornaba por ella, diciendo no le creyesen. Muy concertado ya el casamiento, pensando ella no hiciera otra cosa; cuando se lo vinieron a decir, dijo el voto que tenía hecho de no se casar, que por ningún arte, aunque la matasen, no lo haría.

El demonio que lo cegaba, o Dios que lo permitía, par que esta fuese mártir, que ellos pensaron que tenía hecho algún mal recaudo, y por eso no se quería casar: como ya habían dado la palabra y ver afrentado a otro, diéronla tantos azotes, y hicieron ella tantas justicias, hasta quererla colgar, que la ahogaban, que fue ventura no la matar. Dios que la quería para más, le dio la vida. Díceme ella a mí, que ya a la postre casi ninguna cosa sentía, porque se acordaba de lo que había padecido santa Inés, que se lo trajo el Señor a la memoria, y que se holgaba de padecer algo por él, y no hacía sino ofrecérselo. Pensaron que muriera, que tres meses estuvo en la cama, que no se podía menear.

Parece cosa muy para notar, una doncella que no se quitaba de par de su madre, con un padre harto recatado, según yo supe, cómo podían pensar della tanto mal; porque siempre fue santa y honesta, y tan limosnera, que cuanto ella podía alcanzar, era para dar limosna. A quien Nuestro Señor quiere hacer merced de que padezca, tiene muchos medios, aunque desde algunos años les fue descubriendo la virtud de su hija, de manera, que cuanto quería dar de limosna, la daban, y las persecuciones se tornaron en regalos. Aunque con la gana que ella tenía de ser monja, todo se le hacía trabajoso, y así andaba harto desabrida y penada, según me contaba.

Acaeció trece o catorce años antes que el P. Gracian fuese a Sevilla, que no había memoria de descalzos Carmelitas, estando ella con su padre y con su madre, y otras dos vecinas, entró un fraile de nuestra Orden vestido de sayal (como ahora andan) descalzo. Dicen que tenía un rostro fresco y venerable, aunque tan viejo, que parecía la barba como hilos de plata, y era larga, y púsose cabe ella, y comenzola a hablar un poco en lengua que ni ella, ni ninguno lo entendió; y acabando de hablar, santiguola tres veces, diciéndola: *Beatriz, Dios te haga fuerte*, y fuese. Todos no se meneaban mientras estuvo allí, sino como espantados. El padre la preguntó que quién era. Ella pensó que él le conocía. Levantáronse muy presto para buscarle, y no pareció más. Ella quedó muy consolada, y todos espantados que vieron era cosa de Dios, y así ya la tenían en mucho, como está dicho. Pasaron todos estos años, que creo fueron catorce después de esto, sirviendo ella siempre a Nuestro Señor, pidiéndole que la cumpliese su deseo.

Estaba harto fatigada, cuando fue allá el P. M. Fr. Jerónimo Gracián, y yendo un día a oír un sermón en una iglesia de Triana, a donde su padre vivía, sin saber ella quién predicaba, que era el P. M. Gracián, vio salir a tomar la bendición. Como ella le vio el hábito y descalzo, luego se le representó el que ella había visto, que era así el hábito, aunque el rostro y edad era diferente, que no había el P. Gracián aún treinta años. Díceme ella, que de grandísimo contento se quedó como desmayada; que aunque había oído que habían allí hecho monasterio en Triana, no entendía era de ellos. Desde aquel día fue luego a procurar confesarse con el P. Gracián, y aun esto quiso Dios que le costase mucho, que fue más, o al menos tantas doce veces, que nunca la quiso confesar, como era moza y de buen parecer, que no debía de haber entonces veintisiete años; él apartábase de comunicar con personas semejantes, que es muy recatado. Ya un día, estando ella llorando en la iglesia (que también era muy encogida), díjole una mujer que ¿qué había? Ella le dijo que había tanto que procuraba hablar a aquel Padre, y que no tenía remedio, que estaba a la sazón confesando. Ella llevole allá, y rogole que oyese a aquella doncella, y así se vino a confesar generalmente con él. Él, como vio alma tan rica, consolose mucho, y la consolaba con decirle que podría ser fuesen monjas descalzas, y que él haría que le tomasen luego; y así fue, que lo primero que me mandó fue, que fuese ella la primera que recibiese, porque él estaba satisfecho de su alma, y así se lo dijo a ella. Cuando íbamos, puso mucho en que no lo supiesen sus padres, porque no tuviera remedio de entrar. Y así al mismo día de la Santísima Trinidad dejó unas mujeres que iban con ella, que para confesarse no iba su madre, y era lejos el monasterio de los Descalzos, a donde siempre se confesaba y hacía mucha limosna, y sus padres por ella. Tenía concertado con una muy sierva de Dios que la llevase, y dice a las mujeres que iban con ella, que era muy conocida aquella mujer por sierva de Dios en Sevilla, que hacía grandes obras, que luego vendría, y así la dejaron. Toma su hábito y manto de jerga, que yo no sé cómo se pudo menear, sino con el contento que llevaba todo se le hizo poco. Sólo temía si la habían de estorbar y conocer cómo iba cargada, que era muy fuera de cómo ella andaba. ¡Qué hace el amor de Dios! Como ya no tenía honra, ni se acordaba sino de que no impidiesen su deseo, luego le abrimos la puerta. Yo lo envié a decir a su madre; ella vino como fuera de sí, mas dijo que ya veía la merced que Dios hacía a su hija; y aunque con fatiga lo pasó, no con extremos de no hablarla como otras hacen, antes en un ser nos hacían grandes limosnas.

Comenzó a gozar de su contento tan deseado la esposa de Jesucristo, yan humilde y amiga de hacer cuanto había, que teníamos harto quehacer en quitarla la escoba, estando en su casa tan regalada, todo su descanso era trabajar. Con el contento grande, fue mucho lo que luego engordó. Esto se le dio a sus padres de manera, que ya se holgaban de verla allí.

Al tiempo que hubo de profesar, dos o tres meses antes (porque no gozase tanto bien sin padecer) tuvo grandísimas tentaciones, no porque ella se determinase a no la hacer, mas parecíale cosa muy recia, olvidados todos los años que había padecido por el bien que tenía, la traía el demonio tan atormentada, que no se podía valer. Con todo, haciéndose grandísima fuerza, lo venció de manera que en mitad de los tormentos concertó su profesión. Nuestro Señor, que no debía de aguardar a más de probar su fortaleza, tres días antes de la profesión la visitó y consoló muy particularmente, e hizo huir al demonio. Quedó consolada, que parecía aquellos tres días que estaba fuera de sí de contento, y con mucha razón, porque la merced había sido grande. Desde a pocos días que entró en el monasterio, murió su padre, y su madre tomó el hábito en el mismo monasterio, y le dio todo lo que tenía en limosna; y están con grandísimo contento madre e hija, y edificación de todas las monjas, sirviendo a quien tan gran merced les hizo.

MISTERIO DE AMOR

Abierto está el sagrario,
Morada del Señor, de luz radiante;
Ya eleva el incensario
Nubes de incienso y de perfume vario
Que forman a Jesús dosel flotante.
Y suena dulcemente
De místico cantar el eco suave
Por el sagrado ambiente,
Llevando al corazón que el amor siente
Los consuelos que sólo el amor sabe.
Amor de los amores
Que alientas, fortaleces y recreas
Con místicos dulzores,
Cual brisa matinal la frente oreas
Y la adornas de castos resplandores.
Amor, divino río,
Donde gustan las almas sumergirse,
Y en donde el pecho mío
Anhelara con dulce desvarío
En sueño de deleites adormirse.
¡Ah!, ¡quién hubiese sido
Con la sabrosa herida del Esposo
Intensamente herido,
Y en ancha llaga el corazón partido
Muriese de dolor, sin fin dichoso!
¡Oh!, ¡quién arder pudiera
Como vosotras, luces del Sagrario,
Y allí se consumiera
Como la pura y encendida cera
En sacrificio humilde y solitario.
¡Y quién, dichosas flores,
Cuya vida a sus plantas se consume
Vertiendo siempre olores,
Cual vosotras muriese entre fervores
Exhalando de amor suave perfume!
¡Y quién en dulce abrazo
Como el viril dichoso te apretara,
Y de un eterno lazo
Los divinos placeres apurara
Y jamás de tu seno se apartara!

Mas no os envidio nada,
Luces, flores, viril, que ya a mi pecho,
En eterna lazada,
Se ha juntado mi Bien de amor deshecho,
Y en mi pecho ha fijado su morada.

J.A.

Tortosa, 8 junio de 1873

PENSAMIENTOS

Dadnos, Dios mío, Vos a entender qué es los que se da a los que pelean varonilmente en este sueño de esta miserable vida (*Exclam. 13*).

La bendición de un Obispo santo tiénese en mucho, y no es poco lo que consuela (*Fund. c.30*).

Nunca da Dios trabajo, que no lo pague luego *con algún regalo* (*Ib.*).

Gran bien hace Dios a fonde trae muchos monasterios (*Ib. c 31*).

Gran cosa hace un buen entendimiento para todo (*Ib.*).

Cuánto más ánimo tienen para grandes cosas los siervos de Dios, que los de grandes linajes (*Ib.*).

A los que son desagradecidos, la grandeza de la merced les daña (*Excl. 3*).

¿Por qué están los del mundo perdidos, sino por buscar descanso? ¡Oh gran ceguedad, que le busquemos en lo que es imposible hallarle! Habed piedad, Criador, de vuestras criaturas.

Mirad que no nos entendemos, ni sabemos lo que deseamos, ni atinamos lo que pedimos (*Exclam. 8*).

¿De dónde vienen tanta fuerza *contra Dios*, y tanta cobardía *contra el demonio*? (*Ib. 12*).

Comparemos lo que para siempre el Señor nos tiene guardado, con todos los gozos y prometimientos falsos y traidores del demonio. ¿Qué ha de hacer con nosotros quien fue tan traidor *contra Dios*? (*Ib.*).

No hay edificio de tanta hermosura como un alma limpia y llena de virtudes; y mientras mayores, más resplandecen las piedras. En este palacio está este gran Rey, que ha tenido por bien ser nuestro huésped (*Cam. de Perf., c. 28*).

Procuremos que no esté sucio este pequeño palacio de nuestra alma (*Ib.*).

Como el Señor no ha de forzar nuestra voluntad, toma lo que le damos; mas no se da a sí del todo, hasta que nos damos del todo a Él; ni obra en el alma como cuando del todo sin embarazo es suya (*Ib.*).

No dejéis arrinconar vuestra alma, que en lugar de procurar santidad, sacará muchas imperfecciones que el demonio le pondrá por otras vías (*Ib. c. 41*).

Menos pena daba a Cristo la muerte que siempre traía delante de los ojos, que tantas ofensas como veía se hacían a su Padre, y tanta multitud de almas como se perdían (*Ib., c.42*).

El humilde se huelga de los desprecios, y le son como una música muy suave (*Morada 6, c. 1*).

Todo lo del mundo es asco y basura comparado con los tesoros que se han de gozar sin fi. Ni aun éstos no son nada en comparación de tener por nuestro al Señor de todos los tesoros del cielo y de la tierra (*M. 6, c. 4*).

Lastímame mucho ver lo que perdemos por nuestra culpa, .porque aunque es verdad que estas grandes mercedes son cosas que las da el Señor a quien quiere, si quisiésemos a Su Majestad como Él nos quiere, a todos las daría (*Ib.*).

Si la cruz es amada, es suave de llevar, y esto es cierto (*Conc. del amor de Dios, c.2*).

¡Oh Jesús mío, qué bajos quedaríamos, si conforme a nuestro pedir fuese vuestro dar! (*Ib. c. 6*).

¡Oh muerte, muerte!, no sé quién te teme, pues está en ti la vida (*Exclamación 6*).

¡Oh, oh, oh, qué grave cosa es el pecado, que bastó para matar a Dios con tantos dolores! (*Ib. 10*).

Fue para mí como estar en una gloria, ver poner el Santísimo Sacramento (*Vida, c. 36*).

No me parece bien no procurar con todas nuestras fuerzas traer delante siempre la sacratísima Humanidad de Cristo, porque es andar el alma en el aire, como dicen. Es gran cosa, mientras vivimos y somos humanos, traerle humano (*Ib. c. 22*).

Aprendamos a considerar al Señor en lo muy interior de nuestra alma. Buscarlo más lejos, es distraer el alma (*Ib. 40*).

MILAGROS OBRADOS POR INTERCESIÓN DE SANTA TERESA DE JESÚS

Sr. D. Enrique de Ossó: Muy señor mío de toda mi veneración y respeto. Salud en Jesucristo.

Tengo ofrecido a V. escribir algún milagro de mi venerada e incomparable Madre Teresa de Jesús, obrado en religiosas de esta Comunidad, para que lo estampe en su *Revista* mensual, y no me ha sido posible verificarlo antes; ahora lo hago asegurando a V. viven hoy las religiosas favorecidas de la Santa, y muchas de las que fuimos testigos oculares, que podríamos prestar juramento en caso de necesidad.

Un admirable milagro obró Santa Teresa de Jesús, el año de 1864, con la Hermana Marta María del Espíritu Santo, religiosa de Coro.

Venía ésta padeciendo, desde marzo de 1863, un dolor en lo alto de la cabeza, que llamaron los médicos inflamación de las membranas que cubren el cerebro, con derrame seroso en toda la cavidad cerebral, y gran parte de la espina cervical y dorsal. Por junio del 64, se agravó en tales términos, que la postró en cama, y decía la enferma que parecía dolor de rabia; lo que ciertamente debía ser así, pues en su exceso perdía el juicio y hacía desatinos. Dos facultativos muy sabios la asistieron algún tiempo con extraordinario interés por su alivio, para lo cual hicieron extraordinarios esfuerzos. Con ellos nada lograron, sino persuadirse de que el mal era enteramente incurable, y así lo declararon a la Comunidad.

El 17 de julio se agravó tanto, que por la noche recibió todos los santos Sacramentos, y creyendo moriría aquella noche, se quedó el médico de la Comunidad (que era el de cabecera) para verla morir; porque juzgaba serían tales los dolores que tendría antes de expirar, que los quejidos se oírían muy lejos del convento, y él quería presenciar este triste espectáculo para sacar experiencia. No fue así; porque habiendo entrado en la celda la reliquia de nuestra Santa Madre Teresa de Jesús, que es un pedacito de carne de su santo cuerpo, parece detuvo los pasos a la muerte; aunque no la sanó por entonces, acaso porque no era la hora llegada, pues no nos movió Dios por entonces a pedirselo; si bien el médico, que con frecuencia la pulsaba, decía que observaba movimientos en la naturaleza de la enferma, que no sabía a qué atribuirlos; pero sin salir de su estado de gravedad. En este mismo permaneció hasta el 24 de agosto, una vez sin juicio, otras un poco más razonable; con calenturas terribles en la cabeza, y echando por cada poro del punto donde tenía el dolor gotas de pus. Llegada la hora del mediodía y un poco más del dicho día 24 de agosto, en que celebramos el feliz aniversario de nuestra sagrada Reforma, fue la Prelada a visitar a la enferma, y preguntándole cómo se hallaba, respondió que muy mal; entonces, volviéndose la Prelada a la reliquia que allí estaba, dijo a la Santa: "Madre mía, hoy es día de gracias y misericordias para el Carmelo, y pues eres toda poderosa para con Dios, si no es contra su santa voluntad, pídele la salud para esta hija tuya". Y volviéndose a la enferma, después de haberle aplicado la reliquia a la cabeza y encomendándola a la Santa con otras religiosas que allí había, le dijo: "Hermana mía, si no es contra la voluntad de la Beatísima Trinidad, le mando que coma y duerma la siesta, y se levante a la procesión por la intercesión de nuestra santa Madre". La procesión había de ser a las dos y media, en acción de gracias por haberse fundado en ese día en Ávila el primer convento de nuestra Orden; y durante las Vísperas fue la Prelada a la celda de la enferma, y la halló vestida, dando saltos de un punto a otro, como probando las fuerzas que en un momento había cobrado y antes no tenía, pues no podía tenerse en pie ni salir de la cama sin ayuda. Así que vio a la Prelada, le dijo llena de regocijo: "Madre, ya estoy buena, gracias a Dios y a mi Santa Madre; nada me duele; vamos a la procesión". Tomola la Prelada de la mano y la llevó al coro bajo, en el punto que la Comunidad estaba con las velas encendidas e iban a empezar la procesión, y dijo la Prelada a las religiosas: "Madres, aquí está la Hermana Marta sana y buena, que viene a acompañarnos en la procesión". Sin poderse contener se salieron todas del coro para admirar las maravillas de Dios y dar muchos abrazos a su Hermana, no acabando de creer lo mismo que veían sus ojos, ocupadas del pasmo y la admiración. Fue, en efecto, la agraciada llevando la reliquia de la Santa en la procesión y cantando el *Te Deum* como si tal enfermedad no hubiese tenido. Llamaron después al médico y salió ella misma a recibirlo; el cual, con espanto que no cabe en expresión, exclamó al verla: "¡Hermana Marta!", quedándose por largo rato en un profundo silencio de admiración. Regístrole la cabeza en la misma celda de nuestra santa Madre, y no hallando ni señales de haber tenido mal alguno, y el pulso perfectamente bien, recobrada la naturaleza de las pérdidas pasadas, lo declaró por verdadero milagro, de que ofreció dar certificación jurada en caso de necesidad, y él mismo dobló el primero la rodilla delante de la imagen de la Santa, convidando a las Religiosas a darle gracias,

y después salió publicándolo por la ciudad con admiración de todos. Gloria sea a Dios. Gloria sea también a nuestra admirable y poderosa medianera, en quien vemos cumplida la palabra que le dio de no negarle cosa que le pidiese. Ella nos alcance de Dios la paz tan deseada de la Iglesia. Amén.

Sin más por hoy que encomendarnos en sus fervorosas oraciones, queda muy de V. su humilde sierva Q.B.S.M.

MARÍA PILAR *del Sagrado Corazón de Jesús, Priora.*

La condesa de Sanfhulf¹⁴, hija del rey de Circasia, y embajadora del rey de Persia a los príncipes cristianos, estando en Madrid recibió de las Carmelitas Descalzas una reliquia del corazón de santa Teresa, que esta misma les mandó le diesen. La Condesa la llevaba siempre al pecho, y a todas horas se encomendaba a la Santa. Vuelta a Persia, donde ya se había mudado el gobierno favorable a ella, que dejó, fue acusada de ser cristiana, presentada al tribunal supremo, protector de la secta de Mahoma, y condenada al último suplicio. Estando ya encendida la hoguera en que había de ser quemada, confesó con la mayor constancia la fe de Jesucristo. En el mismo instante, la reliquia de la Santa sobre el pecho de la Condesa, para prueba de que Teresa la asistía, brotó siete caños de sangre, que se derramaba por fuera del relicario, cuyo prodigio fue público. La protección de la Santa, que fortaleció a la Condesa, pasmó al tribunal, amansó a los jueces, le adquirió más gloria y libertad para el ejercicio de su religión. Marchose a Roma; el Pontífice Urbano VIII celebró su triunfo, y después de haberla honrado mucho Su Santidad y toda la Corte romana, alabaron a Dios, que es tan maravilloso en santa Teresa. Murió en Roma en 1668, y su cadáver fue enterrado junto a la capilla de la Santa en la iglesia de Carmelitas descalzos de la Escala.

Las religiosas Carmelitas descalzas de Alba, para contribuir a la veneración de su santa Madre y a la devoción de los fieles a ella, forman de la tierra de su sepulcro imágenes cuyas chiquitas, que se aprecian mucho dentro y fuera de España. La reverenda Sor María Victoria Centurión, de edad veintiséis años, Carmelita descalza en Génova, se hallaba esperando ya por momentos la muerte, el día 23 de enero de 1700. Su enfermedad era vértigos frecuentes, perlesía y perdimiento de vista, en fuerza de los intensísimos dolores de cabeza y fuego interior en ella. Su gran confianza en su gloriosa Madre santa Teresa le dio esfuerzos para pedir y tomar los polvos de una imagen suya formada con la tierra del su sepulcro. Tomolos en agua, y recobró inmediatamente la vista; su cabeza se quedó expedita y libre de los dolores anteriores, y su cuerpo sin perlesía, más gruesa y con mejores colores que antes. Este milagro tan singular se autenticó entonces mismo por orden y comisión del ilustrísimo y reverendísimo seños Arzobispo de Génova, D. Juan Bautista Espínola.

REVISTA DE LOS INTERESES DE SANTA TERESA DE JESÚS EN ESPAÑA

En 1868, precisamente en el año mismo en que los enemigos de Dios declararon abiertamente la guerra en nuestra infeliz España al Catolicismo, un joven, hijo de una familia anglicana, recibía las saludables aguas del Bautismo en la villa de Tarrasa, donde se hallaba recibiendo educación en el colegio que dirige allí el Rvdo. Dr. Cabanes.

Han pasado todavía no cinco años, y ved ahí que nuevamente se ha efectuado aquella ceremonia en el mismo colegio. Pero esta vez ha sido más imponente, porque han sido más de uno los que han entrado en el seno de la Iglesia católica.

Enrique, que así se llama el joven colegial convertido al Catolicismo en 1868, tenía hermanos, y ved ahí que al cabo de algunos años estos hermanos, que son cinco, han seguido la senda porque le precediera Enrique.

¹⁴ Historia general de los Carmelitas Descalzos, tomo 5º.

Un domingo de mayo se reunían en la preciosa capilla de aquel magnífico colegio, y previa la autorización de sus padres y ante un respetabilísimo y muy lucido concurso que llenaba el recinto todo, dejaron de pertenecer a la secta anglicana y entraron a ser hijos de la Iglesia.

El señor Arcipreste de dicha villa derramó sobre ellos el agua bautismal. Muchísimas fueron las lágrimas que en aquel momento derramaron todos los circunstantes, lágrimas dulcísimas, lágrimas de gratitud, lágrimas que sin duda alguna recogieron los Ángeles par ir a ofrecérselas al Señor como un tributo de acción de gracias por el especial favor que a aquellos seres dispensaba.

¿No es esta toda una satisfacción para las almas católicas, en estos momentos en que tan oprimida se halla la Iglesia en nuestro desventurado país? ¿No es verdad que estas gracias que Dios nos envía de vez en cuando, son como la gotita de bálsamo destilado sobre la honda herida que tiene abierta nuestro católico corazón?. Bendigamos al soberano Señor que acude a nosotros en medio de la tribulación, démosle gracias, por este nuevo favor que nos ha dispensado, y supliquémosle todos que multiplique estos favores para que cada día sea mayor el número de los que cantemos sus alabanzas.

REVISTA EXTRANJERA

ROMA. En la audiencia concedida a una comisión de abogados el día 25 de mayo, octavo centenario de san Gregorio, Su Santidad les dirigió el siguiente discurso:

“Todo cuanto acabo de oír sirve para confirmarme más y más en la persuasión de que la piedad filial de los italianos hacia esta Santa Sede y la pureza de la fe que abrigan en sus corazones, lejos de disminuir, aumentan en medio de las contradicciones. Sea Dios loado por todo.

“No ha muchos días leí una cosa muy extraña en cierto periódico que pasa por oficioso, a propósito de las palabras que yo había pronunciado en otra ocasión. Dije que Dios estaba con nosotros: *Sí Deus pro nobis, quis contra nos?* Pues bien; se ha tenido valor para escribir: “No; Dios no está con el Papa, Dios está con Italia”.

“Esta aserción, que podría llamar imprudente, es contraria a los hechos. Diré en primer lugar que si la Italia está con Dios, también está indudablemente con el Vicario de Dios. Y distinguiendo la Italia verdadera de la Italia falsa, añadiré que la primera es inmensamente más numerosa que la segunda. Vosotros que estáis aquí presentes y el número considerable de los que se asocian a vosotros ofrecéis una prueba irrecusable de la unión con Dios y conmigo de la Italia que representáis. Esta Italia abre su mano para ejercer actos de piedad filial, humilla su corazón en la divina presencia para implorar los favores de Dios en el interior de los templos, toma parte en las peregrinaciones piadosas, solemniza la memoria de los Santos, y especialmente en el mes actual dobla las rodillas para elevar súplicas fervientes a María, Madre de misericordia.

“Tengo también el consuelo de saber que el pueblo romano acude en masa a las iglesias, e invoca con un fervor extraordinario a María santísima para que venga en socorro de la Iglesia combatida. Dios está con este pueblo, Dios está con esta Italia que multiplica las obras de piedad y que se vale de tantos medios para excitar al bien a la juventud generosa que responde al llamamiento a fin de detener la corrupción difundida a manos llenas por los enemigos de Italia, por más que sean italianos, y permanece fiel oponiéndose a la ciega obstinación de los enemigos de Dios. Esta es la Italia que está con Dios y con su Vicario.

“Mas Dios no está con esta pequeña parte de Italia que oprime a su Iglesia y se convierte en instrumento de corrupción y de incredulidad. No; Dios no está con esta parte de Italia que despoja a la Iglesia y dispersa a las Órdenes religiosas; no está con los que persiguen a los ministros del santuario, a las esposas de Jesucristo, y arrastran a los caminos de la incredulidad tantas almas que han sido rescatadas con un precio de valor infinito, y de las cuales se pedirá cuenta a todos los que habrán contribuido a su perdición.

“Con esta Italia no está Dios. Pero esta misma Italia, mientras infesta a las almas y las lleva a perderlas, excita a la inmensa mayoría de los italianos a oponerse con firmeza a los conatos de la impiedad.

La Iglesia en este día dirige sus preces a uno de mis más grandes predecesores, y le suplica que alcance de Dios para sus hijos energía y fuerza para combatir y vencer a los enemigos de Dios. *Deus, in te sperantium fortitudo*. Dios es el sostén de todos los que en Él confían, y por la intercesión de tan gran Santo nos conceda a todos fuerzas para vencer a los enemigos quem nos hacen guerra.

“Ahora, recordad que nos hallamos en la octava de la Ascensión. Volvámonos, pues, hacia Jesucristo que sube al cielo, de donde vino, y pidámosle su bendición. Estando en medio de los Apóstoles, al elevarse en alto, *elevatis manibus suis benedixit eis*.

“Yo también alzo mis manos y os doy una bendición que confío os llenará de fuerza, de valor y de consuelo. *Elevatis manibus*, os bendigo, y pido al Señor que sostenga mi debilidad, a fin de que, confortado por su santa gracia, descienda mi bendición sobre la cabeza de los que son dignos de ser bendecidos por Él, y que con esta bendición reciban ayuda, dirección, valor y perseverancia en el bien. Que esta bendición sea con vosotros, con vuestras familias, con vuestros colegas.

“Finalmente, a esta parte de Italia que por su conducta rehusa unirse conmigo, ruego a Dios se digne concederle aquellas gracias y luces que le indiquen el camino que debe recorrer para salir de las tinieblas y de las sombras de la muerte, en medio de las cuales va errando al presente.

“*Benedictio Dei, etc.*”

ALEMANIA – Un protestante luterano, Mr. de Gerlach, presidente del tribunal de apelación de Magdeburgo, pronunció como diputado en la Cámara de Berlín un notabilísimo discurso en que, vituperando las injusticias del Gobierno prusiano respecto a la Iglesia, hizo resaltar la grandeza del inmortal Pío IX y de su espiritual imperio, y elogió la obra del Dinero de san Pedro, las limosnas al Papa, como una obra admirable de bendición, de piedad y de moral, fecunda en especiales gracias, aun de prosperidad temporal, para los donadores.

- El episcopado católico de Prusia ha declarado, con varonil y apostólica firmeza, que no puede obedecer las impías, arbitrarias e inicuas leyes que el Gobierno prusiano ha dictado contra el Catolicismo, y que unas Cámaras serviles han tenido a bien aprobar.

He aquí dicha declaración:

“Al Sr. Ministro de Estado, encargado de los asuntos eclesiásticos:

“En atención al *Memorandum* episcopal de 20 de septiembre del año último y del mensaje colectivo que tuvimos el honor de presentar el 20 de enero último a S.E. el ministro de Estado, los que suscriben. Arzobispos y obispos, tenemos necesidad de declararos, humildemente y con el más profundo respeto, que nos es absolutamente imposible cooperar a la ejecución de las leyes publicadas el 15 del actual.

“Estas leyes mutilan los derechos y libertades que por institución divina corresponden a la Iglesia de Dios. Contradicen el principio fundamental, según el que, desde Constantino el Grande, se había establecido un acuerdo entre la Iglesia y el Estado entre las diferentes naciones cristianas, principio que reconocía en la Iglesia y el Estado los poderes distintos establecidos por el mismo Dios, y cuyos límites propios en estas relaciones no podían ser fijados por un poder sin contar con el otro, sino que deben arreglarse de común acuerdo y de una manera pacífica.

“La Iglesia no puede reconocer el principio pagano, en cuya virtud las leyes civiles son la fuente superior de todo derecho, de suerte que aquélla no puede ni debe poseer otros derechos que los que la Constitución civil y las leyes quieran dejarle, sin renegar de la divinidad de Jesucristo, de la Iglesia y de su doctrina, y sin hacer depender al cristianismo mismo del capricho de los hombres.

“El reconocimiento y aceptación de estas leyes constituirían por consiguiente un apartamiento del origen divino del cristianismo, porque consagrarían un derecho ilimitado en el Estado de legislar sobre cuanto se refiere a la vida del cristianismo.

“Semejante reconocimiento sería al mismo tiempo una renuncia a todos los derechos positivos e históricos de la Iglesia de Prusia, porque siendo la ley única fuente del derecho,

podría suprimir el día de mañana y arbitrariamente todos los derechos de la Iglesia, sin excepción de uno solo.

“Nosotros no podemos tampoco dar curso a las disposiciones particulares de estas leyes, aunque semejantes disposiciones hayan sido establecidas entre otros gobiernos y la Santa Sede, sin que reconozcamos la competencia del Estado en disponer de la Iglesia sin su beneplácito.

“Berlín, 25 de mayo de 1873”.

Firman la anterior declaración todos los obispos de Prusia.

FRANCIA – El día 21 se celebró con gran pompa en la capilla del palacio de Versalles una función religiosa para atraer las bendiciones de Dios sobre los trabajos de la Asamblea nacional. Asistieron el presidente de la misma, los vicepresidentes, los cuestores, muchos diputados, generales y oficiales superiores, y una numerosa y escogida multitud de fieles. ¡El Dios de clemencia se apiade de Francia, y haga lucir para ella días mejores!

- Más de ciento treinta diputados de la Asamblea francesa fueron en peregrinación desde Versalles a la catedral de Chartres, que guarda como preciosa reliquia un pedazo del velo de la Virgen. Todo el clero de la catedral y el Arzobispo de Paría esperaban a los peregrinos, y después del sermón se celebró una procesión imponente en que estaban representadas por sus banderas todas las diócesis de Francia.

GRACIAS

**que se piden a Santa Teresa de Jesús, y se recomiendan
a las oraciones de sus devotos.**

España Teresiana y Roma Católica.

La obra de la doctrina cristiana.

Un asunto de sumo interés.

La modestia y la honestidad en las doncellas católicas.

La Iglesia católica en Prusia y Suiza.

La Causa de Beatificación de la Venerable Ana de Jesús, compañera de Santa Teresa de Jesús.

Varias gracias pedidas y no alcanzadas.

LA ESPAÑA DE SANTA TERESA DE JESÚS

SOCORRIENDO CON ORACIONES Y LIMOSNAS AL ROMANO PONTÍFICE, CAUTIVO Y POBRE

	<i>Suma anterior</i>	Rs. 1,096,50
<i>Barcelona</i> – Una madre afligida pide a santa Teresa ruegue a Jesús, María y José toque el corazón de un hijo suyo pervertido, y a los lectores de la Revista se acuerden de él en sus oraciones		20
<i>Calaceite</i> - Matilde y Dolores Esteve, Isabel Grañena y Saturnina Jassá: En prueba, aunque débil, del amor que profesamos a Teresa De Jesús y al inmortal Pío IX, Pontífice y Rey		100
<i>Calahorra</i> - Fr. Juan León Fernández: Para que Dios conserve la vida del Papa, y Santa Teresa conserve a sus hijas en su casa		200
<i>Mora de Ebro</i> – Angelita Segarra: Santa Teresa de Jesús, haz que luego Veamos el triunfo de la Iglesia y la paz del mundo		8
<i>Quinto</i> - Petra Pujol de Ossó		16
<i>Santiago</i> - Benita Vázquez		20
<i>Tortosa</i> - Tomás Fábregas: A Pío IX por la paz del mundo y el triunfo de la Iglesia		10
“ Miguel Blanch y Fábregas: Teresa de Jesús, que cuanto pides alcanzas, concédenos la paz		4
<i>Villanueva de la Jara</i> - La Madre Priora y comunidad de Carmelitas Descalzas: Santa Teresa de Jesús, salva a Pío IX		14

	<i>Suma</i>	Rs. 1.518,50

(Sigue abierta la suscripción)